

banos ó rurales que se unían en ligas: una confederación del Loanesado duró quinientos años y no sucumbió hasta el siglo XIII; la Creuse y el Lionésado suministran ejemplos análogos.

La historia nos muestra, pues, con toda evidencia el origen natural y espontáneo de los municipios nacidos de las condiciones del medio y de la asociación forzada de los intereses. No obstante, ciertos escritores se han dejado llevar de una filosofía de las cosas demasiado fácil, atribuyendo á la voluntad de los príncipes el nacimiento y el desarrollo de los municipios; ¿no se ha repetido millones de veces, y se repite aún, que Luis VI y Luis VII, en Francia, fueron los «fundadores de los municipios»? El hecho es que entre los poderes existentes que se disputaban la posesión de las tierras y el dominio sobre los hombres, ocurrió con frecuencia que uno ú otro buscó temporalmente su punto de apoyo contra sus rivales en los burgueses de las ciudades nacientes y hasta en el pueblo ínfimo de los campos; el papa tendía á suscitar enemigos al emperador y á los reyes; éstos veían también con satisfacción cómo se constituían municipios que podrían oponerse á las ingerencias de los obispos y á las rebeldías de los grandes vasallos; por último, también éstos se complacían en hallar en caso necesario la alianza de las ciudades contra el señor temporal ó espiritual. Por su parte, las comunidades, urbanas ó de otro género, todavía débiles y como consecuencia más astutas, sacaban todo el partido posible de las disensiones que ponían frente á frente los poderes soberanos.

Por otra parte, en aquel inmenso caos de guerras, de asedios y de invasiones que constituía la época feudal, los señores más decididos y más rudos para la lucha sentían á veces necesidad de reposo y tranquilidad, que no podían obtener sino limitando su propio poder y haciendo ciertas concesiones al sentimiento de libertad de los jóvenes, de los valientes, de los desesperados; y con frecuencia esas mismas concesiones fueron para ellos un medio indirecto de aumentar su fuerza apoyándose sobre la ayuda agradecida de sus obligados, sea contra otros señores, sea contra los obispos ó los reyes, siempre temibles, tanto en el concepto de amigos, como en el de enemigos. Como consecuencia, en las provincias feudales se fundaron multitud de villas y ciudades denominadas Francheville, Ville-

franche, Villefranque, Villafranca, Borgofranco, La Sauve, Sauveté, Sauvetat, Sauveterre, Salvatierra, Freiburg, Freistadt, etc., y cada una de estas aglomeraciones podía llegar á ser tanto más próspera cuanto más había servido de refugio á hombres valientes, más decididos á conservar contra el patrón y contra todos, sobre todo contra el patrón fundador, las franquicias que se les había garantido.

Las iglesias, que, por sus monjes, habían tenido en muchos puntos la iniciativa de la roturación de eriales, tomaron en un principio mayor parte que los señores en la institución de las salvedades: así pudieron constituirse muy fácilmente en feudos religiosos. El clero tenía la ventaja capital de fundar asilos donde los recién llegados, desgraciados, ladrones ó siervos, se hallaban bajo la salvaguardia eficaz de un santo universalmente venerado. Cuatro cruces que limitaban el espacio sagrado indicaban la protección divina, y á su abrigo se elevaban rápidamente las casas y cabañas de los protegidos de la Iglesia<sup>1</sup>.

Pero si los sacerdotes solían fundar salvedades, donde se reclutaban para ellos trabajadores y pagadores de diezmos, eran tanto más hostiles á la burguesía naciente de las ciudades que espontáneamente reivindicaban franquicias. A este respecto los príncipes eclesiásticos fueron más refractarios y duros que los príncipes laicos, debido á que los obispos tenían un sistema más completo, doctrinas fijas; en el gobierno de las ciudades como en el de la Iglesia se consideraban como representantes de Dios sobre la tierra, y no veían más que rebeldes en esos burgueses que procuraban imponer el respeto á su autonomía, y, efectivamente, los obispos no cedían sino cuando se tocaba á rebato para reunirse y correr contra ellos. Además, las ciudades episcopales poseían todo un conjunto de instituciones que no podían modificarse sin un cambio completo. Los obispos comprendían muy bien la terrible alternativa: desde luego eran en general más fuertes que los condes y podían resistir mejor á la presión de abajo. Las ciudades eclesiásticas estaban más sólidamente establecidas que las residencias de los príncipes, gracias al espíritu conservador de la Iglesia, que les aseguraba la duración. Mientras que la residencia del gobierno, y por consecuencia la atrac-

<sup>1</sup> A. Luchaire, *Histoire de France*, por E. Lavisse, t. II, 2.<sup>a</sup> parte, p. 340.

ción de los recursos financieros, cambiaba frecuentemente de residencia entre los príncipes laicos, por capricho ó por las exigencias de la guerra, el obispo oficiaba siempre en la misma catedral, recibiendo siempre en el mismo lugar las ofrendas que se le traían de todas las comarcas circunvecinas: por su persistencia, la institución era más poderosa que el hombre<sup>1</sup>.

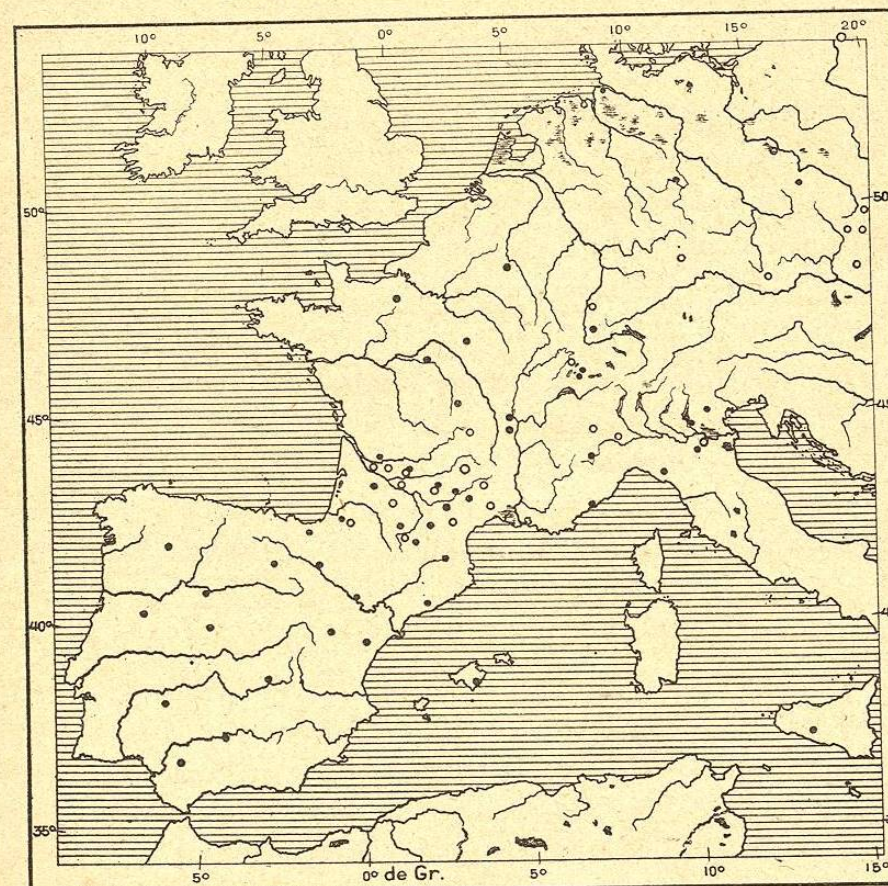
Mas á pesar de todas las oposiciones, viniesen de los reyes, de los señores ó de los sacerdotes, el municipio había de formarse forzosamente en el seno de la sociedad feudal, puesto que era el órgano de necesidades nuevas en la vida de las naciones: la burguesía nacía con la industria y el comercio. Así se explica la expresión de alegría profunda y solemne que manifiesta Agustín Thierry, uno de los más notables y de los más dignos representantes del tercer estado triunfante, cuando describe la emancipación de los primeros municipios franceses en la Edad Media; habla en términos casi religiosos de los industriales y de los mercaderes, conscientes de su obra, que fueron los augustos antecesores de la era cuya floración gloriosa había de tener su época en el siglo XIX. Bajo la organización feudal se constituía todo un aparato social nuevo destinado á reemplazarla en su día y á dar su fuerza especial al conjunto de la sociedad política. Inútiles en ese nuevo orden de cosas que hacía surgir las grandes ciudades por la atracción de los obreros y de los artesanos de toda especie y daba al comercio una expansión siempre creciente hacia los países lejanos, los señores no podían acomodarse á él. El «municipio», «guilda», «cuerpo de oficio» ó cuerpo de mercaderes era, por su misma naturaleza, absolutamente autónomo: compraba la primera materia, solo la trabajaba y solo vendía los productos; tenía sus árbitros para las diferencias que podían elevarse entre sus miembros, y en cuanto se sentía con poder suficiente organizaba su milicia para defenderse contra el sacerdote ó contra el rey.

Así se fundaban espontáneamente las asociaciones según las diversas profesiones de los individuos y las condiciones cambiantes del medio. En aquella época de fuerza bruta, el organismo administrativo y político no tenía ductibilidad suficiente para vigilar el

<sup>1</sup> H. Pirenne, *Histoire de la Belgique*, p. 121.

hombre á cada modificación de su existencia y aislarle sabiamente del grupo natural de los compañeros de trabajo con quienes arriesgaba

N.º 321. Sauveterre, Freiburg y otras ciudades francas.



1: 20 000 000

0 500 1000 Kil.

Los puntos negros representan, en las penínsulas Ibérica é Itálica y las islas, Villafrancas; en los países de lengua alemana, Freiburgs; en Francia, Villefranches, tres Franchevilles y una Villafranche.

Los puntos abiertos son Borgofrancos en Lombardía, en Alemania Freistadts, en Suiza la aglomeración de las Montañas Francas, en Francia Sauves, Sauvetats y Sauveterres.

El mapa se ha establecido por medio del diccionario Vivien de Saint-Martin, pero respecto de Francia, el repertorio de los municipios y aldeas permitiría señalar un centenar de municipios francos en lugar de los 33 señalados en el mapa.

el combate de la vida. Cada cuerpo de oficio tenía sus guildas, sus «hermandades», sus «cofradías»; hasta los mendigos y las mujeres perdidas se unían en sociedades de defensa. A bordo de los barcos

se formaban también agrupaciones temporales, de tal modo trataban de satisfacerse las afinidades naturales hasta en los medios menos favorables. En cuanto el barco se hallaba á media jornada de navegación distante del puerto, el capitán reunía todo el personal, marineros y pasajeros, y les hablaba en estos términos que refiere un contemporáneo<sup>1</sup>: «Puesto que estamos á la merced de Dios y de las olas, cada uno debe ser el igual de cada uno. Nos hallamos rodeados de tempestades, de grandes oleadas, de piratas y de grandes peligros; necesitamos, pues, conservar el orden más perfecto para llevar nuestro viaje á buen fin. Comencemos por hacer una plegaria, pidamos un viento favorable y el pleno éxito de nuestros proyectos; después, según la ley de la marina, nombraremos los que deberán sentarse sobre el banco de los jueces». En nombre, pues de la igualdad primitiva de los hombres, los marinos, sintiéndose amenazados por la muerte, trataban de establecer la justicia entre sí, y en nombre de esa misma igualdad, al fin del viaje, los jueces resignaban sus funciones diciendo á sus compañeros de peligro: «Lo que ha sucedido á bordo nos lo debemos perdonar recíprocamente y considerarlo como no ocurrido... por eso pedimos á todos, en nombre de la honrada justicia, que olvidéis toda animosidad ó rencor que uno pudiera conservar contra otro, y que juréis sobre el pan y la sal no pensar en ello con mala idea». Hasta al desembarcar, los miembros de la guilda flotante trataban de reconstituirse en grupos nuevos, y sobre todo el contorno del Mediterráneo cada unidad mercantil tenía sus barrios especiales donde colonias venecianas, genovesas, provenzales ó catalanas formaban otras tantas pequeñas Venecia, Marsella ó Barcelona<sup>2</sup>.

En Italia, donde el recuerdo de la república no se había extinguido nunca, fué donde el movimiento de los municipios libres alcanzó más pronto gran valor histórico. Hasta en el curso de la «primera» Edad Media, no cesaron de existir ciudades autónomas. Tal fué la gloriosa Venecia, que por lo demás debía á la Naturaleza, como las poblaciones de Frisia y de Flandes, hallarse eficazmente protegida contra los ataques del exterior. Desde la época

<sup>1</sup> Jean Janssen, *Geschichte des deutschen Volkes*.

<sup>2</sup> Oscar Peschel, *Geschichte des Zeitalters der Entdeckungen*, p. 13.

romana estaba habitado uno de sus islotes, como lo atestiguan los restos de construcciones antiguas, descendidas actualmente á nivel inferior al del mar. En la época de la irrupción de los Bárbaros, sobre todo después de la caída de Aquilea, donde venía á concentrarse todo el tráfico del mar Adriático septentrional, las gentes de tierra firme acudieron en gran número á buscar asilo en el suelo tembloroso de los islotes diseminados ante la costa baja. Las ventajas comerciales que habían pertenecido á la ciudad del litoral pasaron á la ciudad que se había trasladado al agua de las lagunas. «¿Cuáles fueron las causas de la grandeza de Venecia?» se pregunta César Lombroso, y la respuesta que se da apenas tiene en cuenta las condiciones geográficas del medio, que, sin embargo, tuvieron importancia preponderante en el destino de la República. Desde el punto de vista de la defensa, de importancia capital en un período de guerras incesantes, ¿no estaba Venecia igualmente protegida por el lado de la tierra como por el del mar? Al Oeste, los pantanos fangosos donde se hubieran sumergido los ejércitos hostiles; al Este, un cordón litoral y pasos sinuosos donde no hubiera osado aventurarse una flota enemiga. Para bloquear la ciudad, el adversario hubiera debido mandar á la vez en mar y en tierra.

Esa perfecta seguridad de Venecia la hizo tanto más temible para el ataque, porque los marinos de las lagunas tenían la elección del lugar de desembarque sobre los diversos puntos de la costa interior y el de la puerta de salida hacia la alta mar. Considerada desde el punto de vista geográfico, esta ciudad tenía la ventaja de estar cerca de la desembocadura del Po, el gran río de la Italia septentrional, y de varios otros ríos, Adige, Brenta, Piave, Livenza y Tagliamento, cuyos valles le abrían otros tantos caminos naturales hacia los Alpes: la región de campos que se inclina hacia las lagunas es de una rara fecundidad, debida al excedente de las aguas que la recorren, y, de toda antigüedad, le atraviesan caminos fáciles en todos sentidos.

Desde el punto de vista mundial, Venecia no estaba menos felizmente situada: gracias á la prolongadísima forma del golfo Adriático, se halla á la vez á la orilla del mar y proyectada á un millar de kilómetros en el interior del continente; por las largas extensio-

nes de agua que la unen al mar Jónico, pertenece ya al mundo mediterráneo del Oriente, mientras que por la vecindad de los Alpes, cuyas azuladas cimas recortan el cielo al horizonte del Norte, se encuentra casi al pie de los caminos de las montañas que la ponen en comunicación con la Alemania central, con la triple vertiente del mar Negro, del mar Báltico y del mar de Holanda. Todas esas ventajas aseguran tanto más la supremacía comercial de Venecia, cuanto que no hay abra natural en toda esa región de las desembocaduras fluviales; para hallar un punto seguro, era preciso seguir el desarrollo curvilíneo de la costa hasta Ancona. Las bocas del Po, que forman una dilatada prolongación en las aguas del Adriático, á corta distancia al sud de las lagunas de Venecia, son demasiado variables y están harto obstruidas por el fango para que los marinos hayan podido intentar tomarlas por camino de acceso hacia las ciudades del interior después que los barcos primitivos fueron reemplazados por verdaderos buques que calan algunos pies de profundidad.

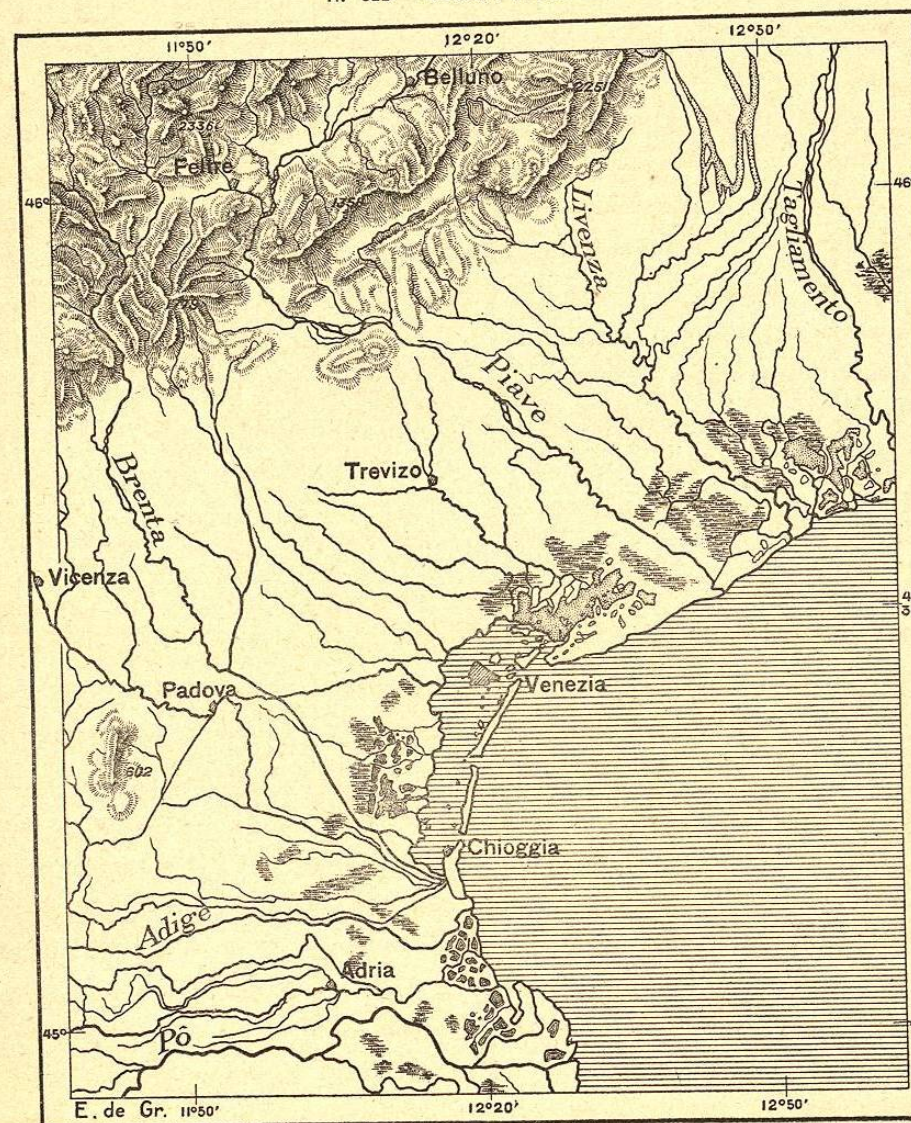
Las aguas del Adriático eran realmente «la esposa» de Venecia, y cuando desde la popa del *Bucentauro* el dux tiraba al agua su anillo de matrimonio, el pueblo reunido veía la realidad misma en ese acto simbólico. Esa realidad resultaba de un acto voluntario. La república de Venecia, orgullosa por sus conquistas sobre tantas riberas lejanas, reivindicaba la posesión del mismo mar. Todo el espacio marítimo limitado al Sud por la playa de Rávena, del lado italiano, y, del lado dalmata, por el Quarnero, era considerado como mar cerrado, como dominio puramente veneciano, y sus fiscales percibían un impuesto considerable sobre todos los barcos que flotaban en aquella parte del golfo. Así también Génova consideraba la alta mar como el campo de sus embarcaciones, y, en la época de su mayor potencia, pretendía no permitir á las ciudades vecinas más que la navegación de cabotaje, llegando hasta determinar la distancia á que los marinos de Provenza y Languedoc tendrían derecho de avanzar en el Mediterráneo <sup>1</sup>.

Es, sin embargo, notable que Venecia en las edades de su ma-

<sup>1</sup> W. Heyd; Ernest Nys, *Un Chapitre de l'Histoire de la Mer*.

jestad tenía escaso empeño en hacer grandes conquistas territoriales: limitaba sistemáticamente sus posesiones sobre el continente de Europa

N.º 322. Venecia y el litoral.



1: 1 000 000

0 10 30 60 Kil.

o de Asia, reduciéndose á la anexión de islas, de islotes, de fuertes peninsulares que le era fácil defender por medio de sus flotas, omnipresentes en el Mediterráneo oriental; solía evitar todo contacto hostil

con potencias con las cuales hubiera sido preciso combatir por tierra, y, en los casos en que sus intereses lo exigieran, sabía suscitar campeones que se batían por ella. Hija del mar y después su dominadora, Venecia confundía su historia con la de las lagunas y del golfo que le rodeaban. Los insulares, primero pescadores y salineros, después comerciantes para la expedición de sus productos, constructores de barcos, gracias á la excelencia y á la cantidad de los bosques que encontraban sobre la costa de Dalmacia, habían conquistado gradualmente la hegemonía de los cambios en las escalas de Oriente, y, por sus relaciones con gentes de todas razas y de todas religiones, habían llegado á ser grandes conocedores de hombres: la «escuela del mar» hizo la educación de sus diplomáticos tan maravillosamente prudentes<sup>1</sup>.

Siendo Venecia la república italiana cuyos marinos dominaban el Adriático y la entrada del mar Jónico, se hallaba por eso mismo en la mejor situación para servir de depósito á las mercancías de Oriente, sea que hubiesen llegado convoyadas por los Arabes, ó que Arabes ó Griegos las hubieran aportado por tierra ó por mar á Constantinopla. También Venecia se deslizó fácilmente hacia la indiferencia religiosa: procedente de musulmanes ó de cristianos, el dinero tenía para ella igual valor. La misma Iglesia ortodoxa griega le parecía equivalente á la Iglesia católica; hasta el siglo XI no se reemplazó para Venecia el señorío oficial del Imperio de Oriente por el del Santo Imperio romano germánico, no menos virtual. La influencia de la Roma oriental fué tan fuerte en Venecia, que la «oligarquía republicana» del Adriático se modeló de diversas maneras sobre la «monarquía despótica» del Bósforo. El griego, lengua del tráfico en Oriente, servía á muchos Venecianos como la lengua sabia por excelencia. En los siglos IX y X, el advenimiento de un emperador ó de un dux daba pretexto para el envío de un representante á Bizancio: casi siempre el enviado era un hijo de dux, y su misión aumentaba sus títulos de sucesión á la magistratura ejercida por su padre. Durante todo el período en que el duxado pareció inclinarse á ser hereditario y en que la asociación de un hijo al poder de su

<sup>1</sup> Friedrich Ratzel, *Das Meer als Quelle der Völkergrösse*, ps. 58, 59.

padre fué muy frecuente, el viaje á Constantinopla creó hasta una especie de derecho de primogenitura al que había sido escogido para efectuarlo<sup>2</sup>. Las cosas no cambiaron hasta que los Genoveses, celosos, reemplazaron á Venecia en el favor de los señores de Bizancio, después de la caída del Imperio Latino, á la mitad del siglo XIII.

Durante los siglos de su dominación comercial, Venecia, que poseyó hasta 3,500 barcos tripulados por 36,000 marinos, fué con mucho el



Cl. J. Kuhn, edit.

IGLESIA DE SAN MARCOS, EN VENECIA, CONSTRUÍDA DE 977 Á 1071

centro más considerable de la circulación internacional de los hombres y de las cosas. Después de Génova y de las repúblicas ó municipios privilegiados de la Italia meridional, Venecia no tuvo más concurrentes que las ciudades comerciales de Flandes y de Alemania; y aun los barcos de esas ciudades no servían más que para el cabotaje de las mercancías entre los diversos puertos afiliados á la ansa. Sumergida en el fondo del Adriático como una araña en un rincón de su tela<sup>3</sup>, había

<sup>1</sup> J. Armingaud, *Archives des Missions Scientifiques*, 2.<sup>a</sup> serie, t. IV, p. 328.

<sup>2</sup> Guillaume de Greef, *Essai sur la Monnaie, le Crédit et les Banques*, «Ann. de l'Inst. des Scienc. Soc.», 1900.